

PRÓLOGO

Excusado sería detenerme en encarecimientos y alabanzas a las poesías originales de nuestro primer lírico, pues ni quiero repetir lo sabido, ni hallo palabras dignas de su gloria, ni es este lugar oportuno como no sea para repetir una vez más

“Onorate l'altissimo poeta...”

Baste decir, por lo que a mi propósito se refiere, que fray Luis de León encarnó su vigoroso pensamiento en las formas de la poesía antigua, y en especial en las de Horacio, *vertiendo en las antiguas tinajas vino nuevo, o trabajando con manos cristianas el mármol gentilicio*, para valernos de una frase exacta y feliz. Pero no de sus odas *propias*, sino de las *traducidas*, voy a tratar, apuntando ante todo algunas noticias bibliográficas convenientes y aun necesarias.

Las poesías del maestro León se dividen en tres libros, de los cuales abraza el primero las originales, el segundo las traducciones de poetas profanos y el tercero las de algunos salmos, capítulos de Job y otras poesías bíblicas. Existen diferentes ediciones, que registraré por su orden.

En 1574, hallándose fray Luis en las cárceles del Santo Oficio, publicó el Brocense sus anotaciones a Garcilaso, insertando en ellas las traducciones de las odas XXII del libro I, x del II, LXIII del IV y II del *Epodon*, de Horacio, poniendo en la primera la advertencia siguiente: "Y porque un docto de estos reinos la tradujo bien, y hay pocas cosas de estas en nuestra lengua, la pondré aquí toda, y así entiendo hacer en el discurso de estas anotaciones." Calló, sin duda, el nombre del intérprete, por no atizar el odio de sus perseguidores.

Cuarenta años después de la muerte de fray Luis de León, deseoso don Francisco de Quevedo de oponer un dique al torrente del culturanismo, hizo correr de molde las rimas del sabio agustino, valiéndose de un manuscrito mendoso e incompleto que le facilitó el magistral de Sevilla don Manuel Sarmiento de Mendoza, amigo de Justo Lipsio y docto ilustrador

de Marcial. He aquí la nota bibliográfica del tomo estampado por Quevedo:

"Obras propias y traducciones Latinas, Griegas y Italianas. Con la paráfrasi de algunos Psalmos y capítulos de Job. Autor el doctísimo y reverendísimo padre Fr. Luis de León, de la gloriosa orden del grande doctor y patriarca San Agustín. Sacadas de la librería de D. Manuel Sarmiento de Mendoza, canónigo de la magistral de la Santa Iglesia de Sevilla. Dalas a la impresión D. Francisco de Quevedo Villegas, caballero de la orden de Santiago. Ilustradas con el nombre y la protección del Conde-Duque, gran Canciller, mi señor. Con privilegio.—En Madrid.—En la Imprenta del Reino.—Año de MDCXXXI.—A costa de Domingo Gonçalez, mercader de libros. 16.º 228 fs."

Lleva aprobaciones de Valdivielso y Vándershammen, y se encabeza con dos notables discursos de Quevedo, encabezados el uno a Sarmiento y al Conde-Duque el otro.

Reimprimiéronse estas poesías el mismo año en Milán, por Felipe Guisolfi, dedicadas al duque de Feria, don Gómez Suárez de Figueroa y Córdoba.

Ambas impresiones salieron afeadas con graves erratas, y una y otra carecen de gran nú-

mero de poesías auténticas, al paso que encierran otras con error atribuidas al maestro León. Durante el siglo xvii no tornaron a reproducirse, y sólo en el segundo tercio del xviii el erudito valenciano don Gregorio Mayans y Siscar diólas de nuevo a la estampa (Valencia, 1761, por Joseph Tomás Lucas), acrecentadas con la glosa del *Miserere* (1) y la canción a *Cristo crucificado*, que atribuyó a fray Luis, y es de Miguel Sánchez (2). Corrigiéronse en esta edición valenciana muchos yerros, quedando, no obstante, algunos bien de notar, entre ellos la repetición (en las páginas 7 y 70) de la oda al nacimiento de la hija del Marqués de Alcañices, repetición conservada por el mayor número de editores modernos, que ni siquiera han reparado en ello. Y copias fieles del tomo estampado por diligencia de Mayans son las ediciones de 1785, 1790, y otras muy conocidas que fuera superfluo enumerar.

A pesar de todo, estas reimpressiones, incompletas y llenas aún de erratas, no podían sa-

(1) Hay una edición antigua y muy rara de esta poesía (Salamanca, 1607) en pliego suelto.

(2) Imprimióse anónima en Madrid, 1618, y a nombre de fray Luis en Madrid, 1727, y Valencia, 1757.

tisfacer el anhelo de los eruditos y aficionados a fray Luis, y hacía cada día más necesaria una edición completa y esmerada. Con tal fin, el agustino padre Méndez, compañero y biógrafo de Flórez, comenzó a reunir poesías inéditas del autor de los *Nombres de Cristo*, y noticias para su vida, unas y otras sin gran método ni crítica, hasta formar dos enormes volúmenes, llenos en gran parte de las malas compañías que, según fray Luis, se juntaron a sus versos. El docto y diligente autor de la *Tipografía española* comunicó buena parte de sus hallazgos al colector del *Parnaso español* don Juan José López Sedano; quien, sin pararse en barras, incluyó en su colección precisamente las de autenticidad más dudosa. Ni con los trabajos de Méndez ni con las atropelladas publicaciones de Sedano adelantaron nada las poesías de León. Por fin, en los primeros años de la presente centuria, un muy docto agustino, segundo continuador de *La España Sagrada*, puso mano en la tarea de reunir y depurar las producciones de su ilustre compañero de hábito, para lo cual reconoció gran número de códices, separó con diligencia las obras legítimas de las de autenticidad controvertible y dió a luz una excelente colección, hoy harto ol-

vidada, con ser la *única* completa, la *única* que hace fe y la *única* en que podemos leer el texto libre de los absurdos de editores y copistas. Consta de seis volúmenes en 4.º, y el último, que abraza las poesías, fué impreso en 1816. Pero como si no existiese tal edición ni quedase memoria de ella, los editores más recientes han prescindido de su texto, para atenerse al de Mayans, siendo imperdonable el pecado del colector del tomo XXXVII de la *Biblioteca* de Rivadeneyra, que dió como *inéditas* varias composiciones ya vulgarizadas por el padre Merino.

Contienen todas las ediciones de fray Luis las odas siguientes, traducidas de Horacio:

Del libro primero:

- I. *Maecenas atavis*. (Dos traducciones, una en verso suelto y otra en li-
ras.)
- IV. *Solvitur acris hyems*.
- V. *Quis multa gracilis*.
- XIII. *Cum tu, Lydia*.
- XIV. *Oh navis, referent in mare* (1).

(1) La oda 14.ª del primer libro fué traducida en competencia por don Juan de Almeida, don Alonso de Espinosa y el maestro Sánchez, los cuales con-

XIX. *Mater saeva cupidinum*.

XXII. *Integer vitae*.

vinieron en someterse a la decisión de fray Luis, dirigiéndole esta carta:

“Puede V. P. quejarse de haber sido importunado en tiempo que le obliguen a gastarle en cosas que tan poco valen y en juzgar el mal romance que va en esos navíos. Dios les dé más ventura que a sus dueños en fabricarlos y a V. P. en juzgar estos tres diablos, aunque más bien acondicionados que las tres Diosas, pues se dan por contentos de cualquier sentencia. La oda es la 14.ª del libro primero de Horacio, compuesta, como novia de aldea, por tres malos poetas como ciertos servidores de V. P.”

A cuya donosa epístola respondió con la misma discreción el sabio juez en estos términos:

“Yo tengo a buena dicha cualquier ocasión que sea comunicar con tan buenos ingenios, aunque el juzgar entre ellos es muy dificultoso y en este caso más, donde cada cosa en su manera no se puede mejorar. La tercera oda tomó un poco de libertad, extendiéndose más de lo que permite esta ley de traducir, aunque en muchas partes sigue bien las figuras de Horacio, y parece que le hace castellano. En las otras dos, que son más a la letra, hay en cada una de ellas cosas muy escogidas. Al fin, señores, el caso es que yo quiero ser marinero con tan buenos patronos y no juez, y así también envió mi *nave*, y tan malparada como cosa hecha en una noche.”

- XXIII. *Vitas hinnuleo.*
 XXX. *Oh Venus regina.*
 XXXIII. *Albi, ne doleas.*

Del libro segundo:

- VIII. *Ulla si juris tibi pejerati.*
 X. *Rectius vives, Licini.*
 XIV. *Eheu fugaces.*
 XVIII. *Non ebur neque aurum.*

Del libro tercero:

- IV. *Descende coelo.*
 VII. *Quid fles, Asterie.* (Imprimióse a nombre del Brocense, al fin de las poesías del bachiller Francisco de la Torre.)
 IX. *Donec gratus eram tibi.*
 X. *Extremum Tanaim.*
 XVI. *Inclusam Danaem.*
 XXVII. *Impios parrae.*

Del libro cuarto.

- I. *Intermissa diu.*
 XIII. *Audivere Di, mea Lyce.*

Del Epodon:

- II. *Beatus ille.*

Hállanse sólo en la edición del padre Merino, que las tomó de un manuscrito de la Biblioteca Colombina, las que a continuación registramos:

Del libro primero:

- XIX. *Mater saeva Cupidinum.* Distinta de la impresa, superior a ella, y muy digna de fray Luis de León.
 XXIV. *Quis desiderio.* Están trocados los nombres de Virgilio y Quintilio en Francisco (quizá el Brocense), y don Juan. (acaso de Almeida).
 XXXIII. *Albi, ne doleas.* Distinta de la impresa.

Del libro segundo:

- VIII. *Ulla si juris.* Diversa de la generalmente conocida.
 IX. *Non semper.*
 XVI. *Otium divos.*

Del libro tercero:

- IX. *Donec gratus eram.* Distinta de la impresa.

A nombre de fray Luis aparecen asimismo en varios códices la traducción que hizo el Bro-

cense del *Quis multa gracilis*, y la que del *Ulla si juris* trabajó Lupercio Leonardo de Argensola.

Es indisputable que las *siete* versiones dadas a conocer por fray Antolín Merino pertenecen a poetas de la escuela salmantina, y que sin desdoro pueden atribuírse al maestro León; pero me parece asimismo fuera de duda que no todas salieron de su mano, y quizá algunas sean del Brocense, del maestro Tormón, de Espinosa, de Almeida o de algún otro poeta de la misma época y estilo. Hasta ahora no he hallado datos que lo confirmen; pero el haber en el código poesías de estos y otros autores, induce a sospechar que algún copista trastrocó las producciones de unos y de otros. Y desde luego da que pensar el ver incluída entre estas traducciones una que conocidamente es de Francisco Sánchez; y otra del mayor de los Argensolas.

En cuanto a las veintitrés o veinticuatro, que sin género de duda pertenecen a fray Luis de León, hay que concederles el primer lugar entre las nuestras. ¿Y cómo no, si fray Luis es nuestro gran poeta horaciano? Ciertamente que lo es todavía más cuando imita que cuando traduce: cierto que en sus versiones, propia-

mente dichas, abundan los versos flojos, y hasta inarmónicos y mal medidos, las frases desmayadas, y aun las torcidas inteligencias del sentido, tales algunas que pueden inducir a creer que nos las habemos con los primeros ensayos y tanteos del poeta, antes de adquirir fuerza en sus alas para volar hasta las estrellas, en la *Noche Serena*, o para adivinar y describir con las plumas de los ángeles la *Vida del Cielo*, o para seguir con ojos extáticos *La Ascensión del Señor*. A veces incurre, aun como latinista, en tales distracciones, que en buena ley no pueden achacarse a la incuria de los impresores, por no haber modo de salvar el tropiezo, ni constar en los manuscritos variante alguna. Tal acontece en la oda XVIII del libro III:

“Quid quod usque proximos
Revellis agri terminos, et ultra
Limites clientium
Salis avarus...”

Donde traduce fray Luis de León:

“Tomando vas a todos
tus vasallos la tierra que han comprado,
Y por todos los modos
Que puedes, en sus tierras te has entrado,
Y de sal avariento,
Solo a robar lo ajeno estás atento.”

Inadvertencia notable fué tomar la segunda persona del verbo *salio* por el genitivo de *sal*.

Pero así y todo, ¡cuántas versiones muy lamidas y muy peinadas de elegantes humanistas a lo Burgos (que con tanto desdén suele hablar de ellas) pueden darse por uno solo de esos rasguños tan informes y a veces tan desmañados! Yo bien sé, por ejemplo, que la traducción del *Mater saeva cupidinum* es de las peores, hasta el punto de tener una estrofa casi ininteligible; pero sé también que el *vultus nimium lubricus aspici* nunca se traducirá mejor que diciendo, como dijo nuestro poeta:

“Grande deslizadero a quien le mira.”

No hay que juzgar las traducciones de fray Luis de León con criterio de escuela o de academia. Fray Luis de León es un gran poeta, que interpreta a otro poeta, en muchas cosas de su temple (afín en el estro lírico, aunque en las fuentes de inspiración haya diferencia), y vierte e infunde su propia alma en lo mismo que imita y traduce, dándole vida y colorido propios. Por eso, cuando acierta, acierta como nadie en precisión y en fuerza:

“No trates más en vano,
¡Oh de amor dulce, cruda engendradora!

Rendirme, que estoy cano
Y duro para amar: vete en buen hora:
Revuelve allá tu llama
Sobre la gente moza que te llama.”

(Lib. IV, oda 1.ª)

¡Cuánta poesía hay en cualquiera de sus audacias de lenguaje! ¡Qué majestad antigua en medio de su aparente llaneza! ¡Qué vulgarismos tan poderosos y tan empapados en la realidad! Léase con especial atención el *Beatus ille*. Para quien tiene ojos y alma, cada palabra del traductor es una revelación. Otro cuento los versos duros y las rimas falsas; por mi parte, aseguro que nunca llegaremos los españoles a penetrarnos del sabor de lo antiguo, hasta que rompamos con la tradición altisonante y académica del siglo pasado, de los Quintanas y Gallegos, y aprendamos a estimar el tesoro que tenemos enterrado en nuestro más grande y menos entendido poeta. Yo bien sé que a oídos acostumbrados a la *trompa de Mavorte* y a la *esposa dócil del celoso toro* han de sonarles a cosa plebeya y a humilde aquellas divinas estrofas:

“Ya *poda* el ramo inútil, y ya enxiere
En su vez el extraño;
O *castra* sus *colmenas*, o si quiere,
Tresquila su rebaño.

¡Pues cuando el padre Otoño muestra fuera
La su frente galana,
Con cuánto gozo coge la alta pera,
Las uvas, como grana!

.....
El agua en las acequias corre, y cantan
Los pájaros sin dueño:
Las fuentes al murmullo que levantan
Despiertan dulce sueño.

.....
Cual hace la Sabina o Calabresa
De andar al sol *tostada*,
Y ya que viene el dueño, enciende apriesa
La leña no mojada.
Y *ataja* entre los *zarzos* los ganados,
Y los ordeña luego,
Y pone mil manjares *no comprados*,
Y el vino *como fuego*..."

Si alguien no siente esta poesía, suya será ciertamente la desgracia, y de sus maestros, aunque se tuviesen por clásicos, y no ciertamente nuestra. A mí me enamora en fray Luis de León hasta el desfado con que trueca en contemporánea suya la poesía de Horacio, remozando frases y alusiones. Así, v. gr., el *agna festis caesa terminalibus* se convierte en "la oveja disanto degollada". Cuando fray Luis de León traía a Horacio de la mano para introducirle en nuestro Parnaso, no le considera-

ba como un poeta antiguo, sino como a alguien de su familia y de su casa. Le modifica conforme a su índole; le da rusticidad y le quita aliño. Leído en fray Luis de León, Horacio nos parece poeta más primitivo, menos culto que en su original.

.....
.....
Nunca la inspiración lírica entre nosotros subió a más alto punto que en la escuela salmantina, ni conozco poeta peninsular comparable a fray Luis de León en este género. El realizó la unión de la forma clásica y del espíritu nuevo, presentida mas no alcanzada por otros ingenios del Renacimiento. Sus dotes geniales eran grandes; su gusto, purísimo; su erudición, variada y extensa. Eranle familiares en su original los sagrados libros, sentía y penetraba bien el espíritu de la poesía hebraica, y de la griega y latina poco o nada se ocultó a sus lecturas e imitaciones. Aprendió de los antiguos la pureza y sobriedad de la frase y aquel incomparable *ne quid nimis*, tan poco frecuente en las literaturas modernas. Nutrió su espíritu con autores místicos, y de ellos tomó la alteza del pensamiento, en él unida a una serenidad, lucidez y suave calor, a la continua dominantes

en sus versos y en su prosa, no menos artística que ellos, y semejante a la de Platón en muchas cosas.

Acudió a todas las fuentes del gusto, y adornó a la Musa castellana con los más preciados despojos de las divinidades extrañas. Y animó luego este fondo de imitaciones con un aliento propio y vigoroso, bastante a sacar de la inmovilidad lo que pudiera juzgarse forma muerta, encarnando en ella su vigorosa individualidad poética, ese elemento personal del artista, que da unidad y carácter a su obra.

El desarrollo del genio lírico de fray Luis de León, con los ensayos y tanteos preliminares, pudiera ser estudiado, a lo que entiendo, dividido en periodos, del modo siguiente:

1.º *Imitación toscana.*—Es probable que comenzase nuestro agustino por aquí, dado el predominio de la escuela itálica entre nosotros. A esta época pertenecen algunas traducciones del Bembo y de Juan della Casa, una admirable canción imitada del Petrarca, y algunos sonetos, de los cuales el que comienza:

“Agora con la aurora se levanta...”

es de las cosas más bellas y delicadas que hay en castellano, y rivaliza con el de Dante:

“Tanto gentile e tanto onesta pare...”

Aun como imitador de los toscanos, es fray Luis de León el primero de los líricos españoles.

2.º *Traducciones de griegos y latinos.*—Período de indecisión y de labor continua. Fray Luis, no satisfecho con los modelos de Italia, traduce sucesivamente a Píndaro, Eurípides, Virgilio, Tibulo y Horacio. ¡Qué admirable escuela! Inclínase especialmente a las formas líricas, y puesto a recoger entre la de Píndaro y la de Horacio, opta por la segunda, como más sobria y reconcentrada, más apta a la poesía moderna, y más en armonía con la índole de su ingenio y con los asuntos que se proponía tratar. Ejercítase a la vez en las combinaciones rítmicas, y se decide por la *lira* de Garci-Lasso, como la más horaciana que hasta entonces poseía nuestra métrica.

3.º *Traducciones de la poesía bíblica.*—Pudiera considerarse incluido en el anterior, pero conviene separarle, porque en él se desarrolla otra fase del espíritu poético de fray Luis, dominado por el dualismo hebraico-clásico, ya con tendencias a la armonía, manifiesta en la aplicación del ritmo inventado por Garci-Lasso a la interpretación de algunos salmos.

4.º *Primeros ensayos originales.*—Fray Luis